

# Acerca de los diarios de Julio Ramón Ribeyro

Rita Gnutzmann

«Escribir bien es un acto profundamente moral donde estética y ética se confunden» (10-8-75)

Es sabido que Julio Ramón Ribeyro, aunque cultivó con fortuna la novela, encontró su mejor medio de expresión en los géneros menores como el diario, el aforismo, los apuntes, el ensayo breve y, por supuesto, el cuento. Prueba de ello son los tres volúmenes de *La tentación del fracaso* (1992, 1993, 1995), *Dichos de Luder* (1989), *Prosas apátridas* (1975, ampliadas 1986), *Sólo para fumadores* (1987), *La caza sutil* (1976) y su obra «magna», los cuatro volúmenes de *La palabra del mudo* (1972, 1977, 1992). El propio autor, con buen humor, se califica en alguna ocasión como «corredor de cien metros planos» (23-1-78).

Ribeyro cuenta su fascinación por los diarios en la Introducción a *La tentación del fracaso*<sup>1</sup> y en su artículo «En torno a los diarios íntimos». Es esta fascinación, experimentada desde la lectura de los de H. F. Amiel, la que le induce a escribir los suyos propios. Como lector no sólo de diarios sino también de estudios sobre ese género, enumera sus rasgos más importantes (1976:9-11):

1. la cotidianidad o, por lo menos, cierta periodicidad en la anotación
2. el principio de veracidad
3. la coincidencia entre autor y protagonista
4. el tono de confidencialidad (los críticos añaden: la inmediatez y la vivacidad)
5. la sustancia: reflexiones y comentarios, evocaciones y proyectos, referencias a la actualidad, descripciones...
6. la ausencia de destinatario otro que el propio autor (la autodestinyación)

<sup>1</sup> Cf. igualmente la entrada en el diario del 10-1-54. En este trabajo, todas las fechas entre paréntesis se refieren a los 3 volúmenes de *La tentación del fracaso*.

7. la libertad de composición o la casi inexistencia de una técnica específica
8. su inconclusión (y podemos añadir: la arbitrariedad del comienzo).

El artículo data de 1953 y, aunque es cierto que sólo en las décadas siguientes surgirá un debate a fondo sobre este género (cf. B. Didier 1976; Ph. Lejeune 1997), ya entonces Ribeyro observa cómo una de sus características, la coincidencia entre emisor y destinatario (y con ello el concepto de intimidad), se pierde en el momento en que se publican los diarios e incluso se crean premios al «diario íntimo». En la actualidad toda una industria editorial se nutre del género junto a otros productos de moda: las (auto)biografías y las memorias.

También en sus diarios, Ribeyro reflexiona sobre motivo y carácter del diario en general y sobre función y objetivo de sus propias anotaciones. Al parecer, el principal impulso provendría del problema de la identidad: «El reconocerse como el mismo en el tiempo» (de 1969; 1993:II, 154). Sin embargo, si el lector piensa en seguida en Proust y la constitución de una identidad, aunque cambiante, a través de la memoria, Ribeyro, por el contrario, parece rechazar esa identidad: «yo me niego a reconocer como mi persona al señor que llevaba mi nombre y que vivió un año en Amberes [...] o al que años más tarde vivió en Berlín en una pensión siniestra» (id.). En otro momento (30-9-55) señala como motivo para llevar un diario el «tenerse a sí mismo por interlocutor» y, en la entrevista con Jason Weiss (1994:51), manifiesta que es una «manera de corregirse, de examinarse», aunque añade, con ironía, y de «hacerse buenos propósitos que naturalmente no se cumplen». La introducción, escrita para la edición de 1992, induce a pensar que el autor también quería emular (e introducir en el Perú) el género del «diario del escritor», reconocido en Europa y desconocido en su país, dando, de paso, una pauta al lector sobre gran parte de su contenido.

Los diarios cubren los años entre 1950 y 1978, pero el propio autor admite haber destruido cuadernos anteriores (1946-1949); a pesar de anunciar la próxima destrucción de los de los años 1950 a 1955 (22-7-69) por contener «notas de lecturas y otras sandeces por el estilo» y por referirse a hechos, personajes y pasiones que en ese momento ya no le dicen nada, éstos han sobrevivido. Lógicamente el lector debe preguntarse, ante un juicio tan negativo, si el autor los ha conservado tal cual o si los ha «enmendado». Ribeyro no nos ofrece ningún dato más que el de haberlos pasado a «limpio». Existen algunos indicios menores a

favor de tal revisión, como la supresión de nombres y su sustitución por iniciales, el añadido explicativo entre paréntesis (25-4-62) o las notas aclaratorias a pie de página; las explicaciones finales que cierran los cuadernos del primer volumen; el anexo de traducciones del francés... Pero principalmente habrá que pensar en cambios estilísticos que en la versión publicada no se detectan, puesto que, a la falta de interés en los asuntos apuntados en épocas pasadas (5-12-50) y a la falta de identificación con el «yo» de entonces, añade la crítica a su redacción: frente a diez páginas bien escritas se erigen los numerosos folios «pésimamente redactados» (5-12-50).

Se nos impone la pregunta sobre el tipo de diario de que se trata: un «diario íntimo», un diario de «viajes»<sup>2</sup> o un «diario de época» (al estilo del *Journal d'Allemagne* de Denis de Rougemont o del «testimonio de la catástrofe [nazi]» de Victor Klemperer)<sup>3</sup>. El propio Ribeyro suele hablar de «diarios íntimos» (30-9-55; 22-7-69) y lamenta, bajo la influencia de la lectura de los diarios de Anaïs Nin, que los suyos nunca llegarán a ser «el reflejo del mundo», y los califica de «crónica sombría de mi propia vida, en lo que ésta tenía de más personal» (8-8-77), adjetivo que aparece en el subtítulo de los tres volúmenes («Diario personal»)<sup>4</sup>. Naturalmente no esperamos efusiones sentimentales al estilo de

<sup>2</sup> El primer tomo está subdividido según fechas y lugares, incluyendo ciudades como París, Madrid, Munich, Amberes, Berlín, Hamburgo, Francfort; pero la extensa estancia y la falta de descripciones del mundo desconocido no permiten hablar de un diario de «viajes».

<sup>3</sup> En diccionarios de términos literarios (cf. D. Estébanez Calderón 1996:286) bajo «diario» se suele distinguir entre «íntimo» o de «viaje»; pero los críticos también añaden el «diario de época» o «no íntimo» (B. Ackermann 1995) y «diario-reportaje» (B. Didier 1976; 1996:40). El propio Ribeyro (1976:11) enumera otros como el diario de la vida amorosa o literaria, el de guerra y de la reflexión artística. Una curiosidad constituye el diario anual, idea que lanzó Maxim Gorki en 1935, retomada por la escritora alemana Christa Wolf: durante cuarenta años fijaba sus reflexiones y experiencias personales el 27 de setiembre de cada año (con alguna excepción) «contra la irreparable pérdida de la existencia» (2003).

<sup>4</sup> Sin embargo, el reflejo de época o un ambiente socio-cultural y político no están ausentes en notas sobre el dueño de pensión en Francfort, fuente para su cuento «Los cautivos» (3-4-58), sobre el ambiente teatral y libertino en casa de Mimí en Amberes (4-7-57) o sobre el típico patio madrileño (25-5-55), para mencionar sólo tres ejemplos. También su afirmación de no haber tratado a personajes famosos para retratarlos, es sorprendente para un latinoamericanista, puesto que por sus páginas desfilan escritores célebres; véase el índice onomástico al final de la edición en Seix Barral, aunque, claro está, muchos de los nombres –sobre todo los europeos– aparecen porque el autor reseña sus obras. En la nota del 8-8-1977, Ribeyro sugiere otra subdivisión temporal: 1. primera época de «viaje a Europa» (1950-1960); 2. «Década de la France Presse» (1960-1970 «en los que arruiné mi salud para siempre» y que, en lo literario, significó «la chatura y la banalidad», sept. 1966); 3. «Década de la burocracia» (con puestos en la embajada y en la Unesco y la definitiva quiebra de la salud). La edición limeña en tres volúmenes no sigue esta división sino otra por años: 1950-1960; 1961-1974; 1975-1978.

las personas que apelan a su «Querido diario» ni tampoco un diario de la desesperación como el de José María Arguedas (incluido en el medio público de la novela), escrito en la clandestinidad, tenido bajo llave y guardado como un santuario, en el que entraría, ante todo, lo afectivo-emocional y lo secreto<sup>5</sup>. Alusiones a la absorción por el diario, al que llama «enano maléfico y devorador» (27-11-60) y «archivo de mis desastres» (4-8-75), a la «introspección» y «al registro mortal [¿moral?] de mi persona» parecen darle razón para calificar los diarios de «íntimos». Sin embargo, lo que llama la atención es la contención y la opacidad en el estilo y en los asuntos personales. Volvamos sobre el hecho de que Ribeyro dice haber sido un gran lector de diarios y que fueron éstos (y no un impulso espontáneo, íntimo) los que le movieron a comenzar sus propios diarios. Es de suponer que esta lectura influiría en su propia escritura del diario, por lo que nos debemos preguntar cuáles son las cualidades (o los defectos) que más aprecia (o le disgustan) en el género. Sobre el de Amiel no llega a emitir ningún juicio concreto; pero de otros, que aparecen en la lista de sus escritores favoritos de diarios, autobiografías, memorias y marginalias (27-1-78) constan las características más sobresalientes. Por ejemplo, en el «admirable» diario de E. Jünger aprecia la prosa y la «frialdad» al hablar de sí mismo (24-8-57)<sup>6</sup>. En las memorias de Saint-Simon elogia la prosa y le fascinan las relaciones descritas entre los intelectuales y la naciente República (5-11-78), mientras en Stendhal, escritor para el que el diario servía de taller de experimentación antes de encontrar la forma novelística, valora la «exactitud» y la «transparencia» comparables a las de Valéry<sup>7</sup> (12-9-57); lo mismo, Baudelaire lo atrae por su «estilo

<sup>5</sup> Según el cuestionario de Ph. Lejeune (1997:363), la mayoría de los diarios se escriben durante la adolescencia, durante épocas de crisis o en momentos especiales como una cura, un duelo, el embarazo... El psicoanalista C. Castilla del Pino (1996:24) define la «intimidad» como «espacio reservado» y «protegido» donde se conservan las más raras especies de yos [...]. A veces, incluso el sujeto rechaza un yo que actúa en la intimidad de manera perversa o innoble, y, en ese caso, tratará de no dejarlo ver ni para sí mismo». Su enfoque de las actuaciones humanas como representaciones, incluidas las íntimas, es importante al apuntar a «yos» escindidos (el observante y el observado) que «actúan» (o «se maquillan»), incluso en el espacio íntimo-virtual (id.:18) y ponen en duda valores como la sinceridad.

<sup>6</sup> En comparación con Léautaud, elogia el tipo que representa Jünger: el humanista, con grandes conocimientos de lenguas, curiosidad insaciable, pasión por la lectura, formación filosófica y tendencia a la abstracción (17-5-77, la redonda es mía).

<sup>7</sup> En una nota (3-8-57) lamenta la gran influencia que este autor ha tenido durante todo el año sobre él, una influencia «hasta cierto punto nefasta: la concepción de un estilo geométrico, transparente y precioso, la necesidad de decir cosas inteligentes [...]. En resumen: el sacrificio de la fuerza a la lucidez».